Revista Lumen Vitae , Enero - Marzo 2020 pp. 15-21

El discernimiento según la tradición ignaciana

André Fossion

Abstract

Según el discernimiento espiritual ignaciano, la llamada de Dios se puede escuchar en aquello que nos permite vivir en una alegría duradera. El discernimiento del llamado de Dios moviliza tanto la razón como la afectividad del sujeto. Une íntimamente una triple escucha: de sí mismo, del mundo y del mensaje evangélico. Este discernimiento se realiza siempre en el interior de un espacio dialogal: diálogo con Dios, con un acompañante espiritual o incluso con los miembros de una misma comunidad. El discernimiento toma tiempo; supone una gestión del tiempo y se confunde finalmente con un arte de vivir en el Espíritu.

Traducción de Cristian Saint Germain para Biblioteca Luis Balmaceda- del Instituto de formación en Pastoral de Juventud Eduardo Francisco Pironio-

El discernimiento es la acción por la que separamos las cosas, en un conjunto mezclado, entre lo verdadero y lo falso, entre lo útil y lo inútil, entre lo bueno y lo menos bueno, con el objeto de hacer buenas elecciones. La aptitud de discernir, en este sentido, es el arte de elegir y guiarse en la existencia. En un mundo de gran complejidad como el nuestro, esta aptitud es esencial. Estamos, efectivamente, frente a desafíos inéditos y formidables, en un contexto de fluidez y de incertidumbre jamás enfrentado antes. Nuestro universo, altamente mediatizado, aumenta las posibilidades de confrontación, eventualmente áspera, entre las tradiciones, las convicciones y las creencias. Particularmente, para los jóvenes que viven en estas condiciones, es muy importante que puedan despejar un espacio de elección de vida auténtica y de ejercicio razonado de la libertad.

El sínodo 2018 sobre el tema *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, ha tomado el desafío de la aptitud para el discernimiento. En su exhortación post-sinodal, el papa Francisco, lo subraya: "*...los jóvenes están expuestos a un zapping constante. (...)Sin la sabiduría del discernimiento podemos convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del momento"*[1]. El documento preparatorio a ese sínodo hablaba también del discernimiento como "*el instrumento principal que la Iglesia puede ofrecer a los jóvenes para que ellos descubran su vocación a la luz de la fe"*[2].

Por eso, en estas páginas, yo quisiera hablar de discernimiento, adoptando específicamente las perspectivas de la tradición ignaciana. Cuáles son los rasgos principales del discernimiento según esta tradición. Las presentaré aquí, de una manera personal, reuniéndolos en 4 puntos; no funcionan sino en una estrecha articulación.

1. Elegir el camino que conduce a una alegría duradera.

Las primeras experiencias y teorizaciones del discernimiento, en San Ignacio, se refieren a la variedad y alternancia de sentimientos que experimentaba cuando consideraba distintas opciones posibles. San Ignacio cuenta en el *Relato de un peregrino*[3] que, caballero, cuando

[1] (2019) Francisco, *Christus Vivit,* n° 279. Ver también (2016) *Amoris Laetitia* (Cap.VIII) y (2018) *Gaudete et exsultate* (n° 167).
[2] *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional.* Documento preparatorio. Introducción.
[3] *Le récit du pèlerin. Autobiographie de Saint Ignace de Loyola,* Editions Fidélité, Namur, 1989, § 8.

consideraba las hazañas mundanas, se deleitaba con ellas, pero rápidamente se sentía “cansado, seco, descontento”. Al contrario, cuando pensaba en imitar a los santos, “era consolado y se quedaba contento y alegre”. “Su experiencia lo llevó a ver que ciertos pensamientos lo dejaban triste, otros alegre y poco a poco comienza a darse cuenta de la diversidad de espíritus que lo conmovían”[4]. Estamos aquí al nivel de las aspiraciones profundas. San Ignacio habla de *“movimientos del alma”* o incluso de *“consolación y desolación”*. Estos dos últimos conceptos son determinantes en el proceso de discernimiento ignaciano. *“Llamo consolación, escribe Ignacio, todo aumento de esperanza, de fe y de caridad”*; la consolación es una alegría interior que invita a hacer tal elección o la confirma rápidamente. La consolación da descanso, pacifica. La desolación, al contrario, es una pérdida de confianza, de quietud, de esperanza y de amor. La consolación es un buen: se la puede esperar, buscarla, pedirla y experimentarla como una gracia. Eso no significa, sin embargo que la desolación sea un mal; ella puede ser, en efecto, un indicador sano de una conversión a obrar o de una orientación de la que alejarse. El proceso de discernimiento ignaciano, con el objetivo de realizar una buena elección, observa la alternancia de consolaciones y desolaciones. Descansa en la afirmación principal simple y audaz: la voluntad de Dios se deja escuchar en aquello que yo experimento cómo permanecer en una alegría duradera. “Es en la alegría que se conoce y se reconoce la voluntad de Dios (...) Es en la experiencia de la alegría recibida de un Otro, la alegría que viene de Dios, que experimento la exactitud y la verdad de las decisiones tomadas. Y es en la experiencia de su contrario, que experimento su falsedad e inexactitud”[5]. Nuestro destino es la alegría, Dios nos lleva allí. Así, hacer la Voluntad de Dios, realizar su designio, es, en total libertad e inteligencia, tomar decisiones y abrirse un camino de vida que nos introduce desde ahora y por siempre en la alegría.

La puesta en marcha de este discernimiento implica, desde el comienzo, un omento en el que uno se hace “indiferente”, es decir disponible. Es un momento en el que, poniendo en suspenso toda afección desordenada que impediría avanzar, nos disponemos libremente a volver a poner en juego la vida, barajar nuevamente las cartas, podríamos decir, allí donde esto parece necesario a la luz del Evangelio, poniéndonos a la escucha del llamado de Dios. “Esta libertad interior es una condición fundamental para poder discernir: para poder llegar a conocer lo que Dios me pide, para que su deseo de felicidad para mi pueda realizarse”[6]. Es esta libertad interior, esta disponibilidad al llamado de Dios, que se pide en la oración al comienzo de todo discernimiento.

2. Articular afectividad y razón

Las aspiraciones del corazón, los afectos, son fundamentales en el discernimiento ignaciano, pero jamás sin la razón. Ignacio lo aprendió por experiencia. Los afectos librados a ellos mismos pueden ser trampas, ocasión de desvíos o de inclinaciones al mal que se presentan bajo apariencia de bien. De donde, la preocupación constante en la tradición del discernimiento ignaciano de apelar a la razón. La palabra “discernir”, no lo olvidemos, designa en primer lugar una operación intelectual que distingue, separa, diferencia las cosas. En otras palabras, el discernimiento ignaciano que se pone a la escucha de los impulsos del corazón, deja espacio a la vez, en esta misma escucha, al ejercicio de la inteligencia[7]. La afectividad y la razón participan conjuntamente en el proceso de discernimiento.

---

[4] Ibíd.
[5] Paul LEGAVRE,"*Discerner la joie”* en *Christus, Le discernement.*Hors- série, n° 258, Mayo 2018, p. 134.
[6] Nikolaas SINTOBIN, *La joie, ma boussole*. Fidélité, Namur, 2019, p. 40.
[7] Esta apelación a la inteligencia no excluye a nadie. Toda persona tiene una inteligencia que puede ejercitar.

Distingamos aquí, brevemente, tres campos en los que la afectividad y la razón están llamados a articularse en la operación del discernimiento: la relación consigo mismo, la relación con el mundo y la relación con las Escrituras.

La relación consigo mismo

El discernimiento ignaciano invita, primeramente, a un esfuerzo de lucidez sobre uno mismo, sobre su propia historia, sus aspiraciones y sus inquietudes. San Ignacio, por la pedagogía llamada "del examen", convoca constantemente a releer lo vivido, conservar la memoria, retomar con exactitud los pensamientos que llamaron la atención, las consolaciones o, al contrario, las inquietudes, las vacilaciones o las dudas que los han atravesado. El Papa Francisco, jesuita, invita a esta lucidez sobre uno mismo para comenzar un discernimiento, formulando las siguientes preguntas: ¿Me conozco a mi mismo más allá de las apariencias y de mis sensaciones? ¿Sé lo que pone triste o feliz a mi corazón? ¿Cuáles son mis fortalezas y debilidades? ¿Cómo puedo servir mejor o ser más útil al mundo y a la iglesia? ¿Cuál es mi lugar aquí en la tierra? ¿Qué podría ofrecer a la sociedad?[8]. Más allá de este esfuerzo de lucidez sobre uno mismo, el discernimiento ignaciano pide al sujeto que se ponga a desarrollar una comprensión sobre el mismo discernimiento, sus etapas, sus exigencias, sus modalidades, también sobre sus trampas. En un retiro ignaciano, al que se dedica al discernimiento se le advierte del proceso al que se compromete.

La relación con el mundo

El segundo ámbito en el que la razón y la afectividad pueden articularse de manera dinámica, es la relación con el mundo. Discernir las actitudes que voy a adoptar, las opciones de vida que voy a tomar o el bien a realizar en tales y tales circunstancias pasa, efectivamente, por un análisis de la realidad tan riguroso como sea posible. Ponerse a la escucha del llamado de Dios exige que uno ponga atención a la realidad de las cosas, a los desafíos del mundo, al grito de los pobres. "La inteligencia se aplica a comprender. Allí donde la contemplación se abraza con la penetración de la intuición, la consideración examina en detalle (...) La consideración de las circunstancias, de lo que literalmente "hay alrededor", es el preludio de toda decisión. En el lenguaje contemporáneo, el equivalente es el análisis de las situaciones". [9] Este análisis, sin embargo, no da necesariamente respuestas claras a la pregunta de saber qué es lo que conviene hacer. El discernimiento ignaciano, frente a la complejidad de las cosas, invitará a sopesar "los pros" y "los contras" de tal o tal opción de tal manera que la decisión finalmente tomada lo sea razonadamente. El discernimiento ignaciano velará por elegir entre diversas opciones aquella que es la más urgente frente a las necesidades, la más duradera en eficacia y la más universal en sus efectos.

La relación con las Escrituras

El tercer ámbito en el que la afectividad y la razón pueden andar juntos es la relación con las Escrituras, y particularmente con los Evangelios. En San Ignacio, como indican los Ejercicios, la relación con los textos evangélicos es física, afectiva e intelectual, a la vez. Invita a aquel que hace los Ejercicios a representarse las escenas evangélicas, proyectarse en ellas, dejarse afectar por ellas, permanecer allí donde encuentra gusto. Esta meditación asidua de los Evangelios forma al hombre interior. Contribuye a hacer surgir, en cada uno y en cada una, su propia singularidad en

[8] ChV 285
[9] Patrick GOUJON, "Discernir pour la mission", en *Le discernement, Christus,* Hors-série, Mai 2018, pp. 174.

lo más íntimo de sí mismo/a. A partir de su contacto repetido con los textos, el lector, efectivamente, se construye una memoria de los pasajes que lo tocan, que gusta y que lo marcan de manera inédita. Así, al mismo tiempo que emerge una lectura muy personalizada del texto, se desarrolla una real competencia de lectura, atenta a los más pequeños detalles del texto, a su coherencia en el conjunto y a su lugar en el corpus de los Evangelios. Esta familiaridad personal e inteligente con los Evangelios es, en cierta manera, una condición para el discernimiento ignaciano.

Hagamos un chequeo. La relación consigo mismo, la relación con el mundo, la relación con las Escrituras son los ingredientes de todo discernimiento. Todo discernimiento, en efecto, pasa por una escucha del Evangelio, una escucha del mundo y una escucha de sí mismo. Discernir la voluntad de Dios, hacerse disponible, es ejercitar esta triple escucha y avanzar deliberadamente hacia aquello que nos permite establecernos en una felicidad duradera.

3. Participar de la conversación

La práctica del discernimiento implica, por otra parte, una condición de la que no hemos hablado aún: la conversación. El discernimiento nunca es solitario; tiene una naturaleza dialogal, implica siempre varios participantes.

En primer lugar, el discernimiento tiene lugar, según la terminología de Ignacio, en un "coloquio" con Dios creador o con el Señor Jesús. La oración ignaciana, efectivamente, es un diálogo, una conversación: "Hacer un coloquio- escribe- es hablar realmente como un amigo lo hace con un amigo o un servidor con su señor"[10]. Es decir que, en el discernimiento, Dios es el interlocutor. Su designio es comunicar la vida en abundancia, no para darnos su voluntad fijada previamente para nosotros y sin nosotros. El Espíritu de Dios, mucho mejor, se une a nuestro espíritu[11] para acompañar nuestras elecciones, para que podamos desplegar un camino de existencia que no está trazado previamente sino que se dibuja en el espacio de una charla familiar con Dios y con Cristo.

La charla con el acompañante espiritual o el director de retiro es otro elemento, igualmente esencial, en el proceso de discernimiento. Tanto el acompañante como el acompañado adoptan, ambos, en el seno de su diálogo, una actitud de escucha y de disponibilidad. El acompañante espiritual está en la posición de ayuda y de consejo en el proceso de discernimiento sin inclinarse por uno o por otro. El ayuda a la persona a leer su itinerario y a discernir lo que sucede en él. Él lo guía en el desarrollo mismo del discernimiento, con un absoluto respeto por su libertad.

El diálogo es finalmente determinante en el caso de un discernimiento comunitario. La decisión de fundar la Compañía de Jesús,en 1539, es necesario recordarlo, fue tomada luego de una deliberación llevada adelante durante tres meses por los primeros padres. El relato de esta deliberación hace resurgir las modalidades y las etapas esenciales[12] del discernimiento en común: tiempo de oración, disponibilidad de cada uno a la acción del Espíritu, libertad de palabra, compartir equitativo de esta palabra, reflexión minuciosa sobre los argumentos "a favor" y "en contra", toma de decisión final consensuada, confirmación por la alegría, etc. Aún hoy, la Compañía de Jesús, completa, ha procedido recientemente, durante cerca de dos años, a un discernimiento que a delineado "cuatro prioridades apostólicas"[13] para los diez próximos años. Este es un ejemplo actual propio de la Compañía de Jesús. Pero el proceso de discernimiento

---

[10] EE 54

[11] cf. Rom 8,16; Hech 15,28.

[12] Encontraremos un análisis detallado de esta deliberación de los primeros padres en la obra de Jean-Claude DHÔTEL, *Discerner ensemble. Guide pratique du discernement communautaire.* Editions Vie chrétienne, Fidelité, Namur, Paris, 2019. Ver también Michel BACQ, Laurent FALQUE, Bernard PAULET, "Discerner en groupe", en *Le Discernement, Christus, op. cit.* p. 180-190.

[13] Ver el sitio de los Jesuitas de la Provincia Occidental Francófona https://www.jesuites.com/?s=pr%C3%A9f%C3%A9rences

ignaciano puede inspirar “toda comunidad o grupo de cristianos que buscan juntos la voluntad de Dios en vistas de un mejor servicio hoy”[14].

4. Tener en cuenta el tiempo, hacerlo un aliado

Subrayemos, finalmente, que el discernimiento necesita tiempo. Los Ejercicios espirituales de San Ignacio dan muchas indicaciones y recomendaciones que se relacionan con el empleo del tiempo. Todo discernimiento espiritual en la línea ignaciana requiere una gestión del tiempo que puede ser a la vez minuciosa y suave. Conviene, por ejemplo, fijar el momento de entrada en el discernimiento y prever su duración. Podemos distinguir sus diferentes momentos: el momento en el que relevamos los puntos a discernir, los momentos de oración, los momentos para documentar el análisis, los momentos de compartir, los momentos de maduración, los momentos para la decisión y para la confirmación. Este recorrido puede implicar repeticiones, vueltas atrás, relecturas y evaluaciones o incluso momentos de descanso. La gestión del tiempo es una sabiduría; puede que ella misma sea materia a discernir. Así, el discernimiento, abre un camino señalizado con sus etapas, sus paradas y sus reanudaciones. En definitiva, el discernimiento se confunde con la vida misma. Es un arte de vivir, una manera de estar en la existencia y de habitar el tiempo espiritualmente.

* * * * * * * *

Para finalizar nuestra reflexión, mencionemos un hecho histórico capital que merecería otro desarrollo. El discernimiento de espíritus según San Ignacio ha hecho surgir, en el campo cultural y, particularmente, en la educación, un espíritu de discernimiento y una pedagogía que asegura su aprendizaje y ejercicio en todas las materias. Los Jesuitas, efectivamente, discerniendo en la época el mejor servicio a dar, se involucraron con decisión en la fundación de colegios. Estos, según un plan de estudios rigurosamente elaborado (la “ratio studiorum”), resultaron motores poderosos de promoción cultural y espiritual. 40 años después de la muerte de Ignacio en 1556, se mencionan ya 140 colegios. La investigación continúa hoy buscando saber cómo y por qué el discernimiento espiritual ignaciano pudo inspirar la obra monumental de los colegios[15].

[14] Jean-Claude DHÔTEL, op. cit., p. 8.
[15] Ver, por ejemplo, el artículo de Pascal SEVEZ, “Pédagogie ignatienne”, en *Etudes*, janvier 2018.pp. 69-80. O Vincent DUMINUCO, “Pédagogie ignatienne. Approches concrètes”, http://docplayer.fr/41646532-Pedagogie-ignatienne-approches-concretes.html